



Discurso autonomía

Una universidad al servicio de Chile

Discurso del Rector Fernando Montes S.J. con motivo de la obtención de la autonomía universitaria.

1 de abril 2004

Hace seis años, los invitamos a compartir nuestros sueños. Nos poníamos en marcha tras las huellas de una larga tradición. Nos reunimos hoy para agradecer los pasos dados, para reconocerle al Consejo Superior de Educación y a ustedes el apoyo que nos permitió alcanzar la autonomía. Ella nos constituye desde ahora como una universidad independiente.

Los hemos convocado a un lugar donde un puñado de hombres aguerridos fundaron la Ciudad del Nuevo Extremo. Ellos, enfrentando lo desconocido, sembraron las semillas de una patria que hoy todos compartimos. Aquí se entrecruzaron las contradicciones que llevamos por dentro, aquí chocaron la lanza y la alabarda, la piedra y el mosquete, aquí se amaron la india y el soldado uniendo sangres de altivos mapuches y osados españoles.

Aquí nacimos y nuestra historia nos impuso el destino de unir contradicciones, amalgamar culturas y sanar heridas. Desde este lugar alto contemplamos agradecidos la ciudad abigarrada que nos acoge, que nos hace vivir juntos, que experimenta sus más profundos cambios desde los tiempos de Vicuña Mackenna que entre otras cosas modificó estos viejos muros, de los viejos cuarteles del Castillo Hidalgo. Esta ciudad es parte de la patria que crece que se renueva y que progresa sin cortar con su pasado. En este lugar fundacional nacemos a nuestra propia independencia.

La universidad en medio del cambio

Es verdad, un cambio muy profundo ha golpeado a la puerta. Tenemos la sensación que nuestra patria se refunda. Ya no es posible echar el vino nuevo en los odres que recibimos de otros tiempos. A nuestra generación y a la que viene nos ha tocado experimentar en nuestra carne lo que es el fin de una cultura; la angustia devivir sin coordenadas claras.

Los parámetros que ordenaban la existencia humana se han desdibujado dejándonos a oscuras en medio de trascendentales encrucijadas.

Se nos fue un mundo, nuestro mundo, y vamos penetrando en uno nuevo, provocativo y admirable. Eso genera grandes posibilidades y grandes desconciertos. En este nuevo mundo es preciso que estemos, sin huir. No podemos vivir de la añoranza. Somos parte de una época nueva y no es correcto renunciar a imprimir en ella los aportes de nuestra tradición.

Toda esta mutación que agita al mundo rebota con vigor en nuestra América Latina. Hemos pasado de la edad de piedra al Internet, transportados por una avalancha arrolladora. Repetimos desde la periferia sometida, canciones que se compusieron en lenguas y lugares que nos son extraños. Nos hemos tragado los cambios sin digerirlos y sus beneficios se distribuyen de modo desigual.

La universidad para proyectar el progreso en medio de la globalización

Con la confianza que un amigo le habla a su amigo, les pedimos que nos ayuden a cumplir nuestra misión que es servir a este pueblo que se despereza ante este nuevo panorama. Los flamantes aeropuertos, las nuevas vías, las anchas carreteras, los modernos puertos, son importantes para el cambio, pero no podemos olvidar que lo esencial es el progreso del mismo ser humano, de su vida personal, familiar y social, porque Chile, más que una geografía, es un pueblo.

Somos una nación de hombres y mujeres que enfrentan el desafío de alcanzar el progreso sin perder su alma, más aun, que comprende el progreso no sólo como adelanto material y acumulación de riqueza, sino como un modo de vivir más humano, más libre, más tolerante, más justo y fraternal con una manera civilizada de relacionarnos sin exclusiones, con una vocación de trabajar juntos, de acompañarnos en las penas y de enfrentar la muerte.

En esta tarea nadie puede excluirse. Los creyentes y los agnósticos, los de derecha y los de izquierda, los fieles de todos los credos, tenemos que aportar nuestras miradas para ayudarnos y enriquecernos porque en definitiva el destino de todos está en juego y en esta diversidad bien ensamblada está nuestra riqueza.

Nuestra patria, de un modo visionario, ha ido asumiendo el fenómeno de la globalización. Hemos firmado tratados que han ensanchado nuestros horizontes y nos permiten relacionarnos económica, comercial y culturalmente con otros pueblos. Sin embargo, somos conscientes de los riesgos que involucra ese trato con naciones más poderosas y más desarrolladas que nosotros. La globalización puede, a la vez, integrar y marginar a vastos sectores. Por eso hay que enfrentarla con decisión y con prudencia.

Nosotros partimos con retraso y en una cultura del conocimiento experimentamos vacíos y vamos a la zaga en la carrera. Siendo el intercambio creciente de bienes y la movilidad de capitales el elemento motor de la globalización, es peligroso, aunque comprensible, que en la nueva cultura se hipertrofie la dimensión económica y que el país más que prepararse para su progreso humano se prepare para la competencia en los nuevos mercados. En ese caso la globalización haría de nosotros piezas de un engranaje productivo más que sujetos de la historia.

Por otra parte, la globalización no sólo se extiende a lo económico y cultural; ha llegado también al ámbito de la corrupción, de la delincuencia y el delito. La droga, y el terrorismo dejaron de ser un fenómeno aislado.

No es extraño que en medio de estos cambios se produzca una crisis del Estado Nación y de la sociedad civil constituida en torno al Estado, y que el desafío más serio y fundamental sea reencontrar y reforzar la identidad cultural. El reforzamiento de las identidades culturales parece ser un principio básico de organización social, de la seguridad personal y de la política.

La globalización que cuestiona profundamente el rol del Estado y de las relaciones sociales nos obliga a redescubrir la cultura. Por este motivo nada hay más importante que un reforzamiento del sistema educacional en el que la universidad adquiere una significación trascendental.

No quisiéramos que el Chile que se asoma sea fruto del azar, de fuerzas ciegas o de decisiones que se toman en otras latitudes. Es tarea nuestra pensar ese progreso, proyectarlo y en esto tiene un rol insustituible *La Universidad* que es una matriz de la sociedad que nace y de la nueva cultura del conocimiento. Pero la misma universidad debe ser readecuada a este mundo nuevo.

Pensar y repensar honestamente la universidad

No es fácil definir hoy una universidad y sus tareas. El vigoroso crecimiento de la educación superior en nuestra patria hace hoy más urgente pensar y repensar la universidad, establecer su relación estrecha con la sociedad y detectar los peligros que la acechan.

Desde muchos lados está acosada. Los marcos que nos propusieron el medioevo Humboldt, Napoleón, Bello, Newman y tantos otros, aunque luminosos, no parecen ser del todo adecuados para enfrentar los nuevos desafíos. Urge en el país hablar sin eufemismos ni circunlocuciones y hacer luz sobre la realidad que se despliega ante nuestros ojos. Se habla de excelencia académica, de investigación, de instituciones sin fines de lucro, de universidades tradicionales y no siempre las palabras corresponden a los hechos; se distorsiona el lenguaje y se crean desconfianzas.

El mismo marco institucional que ordena el sistema universitario nos parece en parte inadecuado y poco democrático. Como ejemplo, el Consejo de Rectores, con tanta importancia en el sistema, excluye de su seno a más de la mitad de las universidades, muchas de ellas de reconocida seriedad y solidez; y cercena derechos de estudiantes de mérito. Esta es una anomalía heredada que debería corregirse. El Estado de Derecho moderno nos invita a la igualdad ante la ley y si hay escalafones deben ser asignados por la excelencia y el mérito no por la exclusión.

Es imposible en este momento hacer una presentación completa de la idea moderna de universidad, sus tareas, su misión y sus problemas. Yo quisiera precisar lo que queremos y tras de lo cual vamos andando.

Una universidad humanista

Queremos definirnos como una universidad humanista con el enorme desafío de redefinir el humanismo del siglo XXI. El verdadero humanismo no se limita por el ámbito de las ciencias que se estudian sino por la manera profunda de entender al ser humano y su misterio. Hoy un físico, un químico o un biólogo que toca las fuentes de la vida, debe ser tan humanista como un filósofo o un experto en literatura. Y el sociólogo o historiador debe ser capaz de incluir en sus estudios el mundo de la técnica en el que el hombre actual se desenvuelve. Einstein nos enseñó que en medio de las más abstractas ecuaciones se puede tener al hombre como centro de interés.

Es corriente que hoy se hable del capital humano como la mayor riqueza de un país. La formación del capital humano pasa a ser el principal objetivo de la educación. Desgraciadamente las palabras tienen un valor semántico que es terco en perdurar. En muchos discursos modernos sobre educación, en muchas evaluaciones, al hablar de preparar el capital humano se busca capacitar gente para que el país pueda enfrentar la competencia económica y comercial con otros países.

La educación se transforma insensiblemente en la preparación de entes productivos, funcionales a la competencia comercial más que seres humanos plenos. Sin embargo, alma de la educación es formar seres integrales, una de cuyas dimensiones ineludibles por cierto es la capacitación para un trabajo bien hecho y eficiente. Pero este es sólo un aspecto, una consecuencia necesaria y no la meta de la educación. De otro modo no hay lugar para los artistas, para las enfermeras que cuidan a los inválidos. Por eso no se trata sólo de formar el capital humano, sino de enriquecer "el factor humano" de ese capital.

La globalización no se agota en el abrir y ganar mercados. En último término es una aventura de la humanidad que se unifica, que le busca sentido a sus desvelos, que comunica sus riquezas más hondas, que se amalgama en la solidaridad de un destino común trascendental. En una buena educación se aprende a leer no sólo para entender los manuales de funcionamiento de las máquinas sino para poder comprender a la Iliada, al Quijote, para conocer a Shakespeare, para cultivar el espíritu.

Una universidad se ocupa de una visión universal no sólo en lo geográfico sino en el conjunto de las actividades del espíritu. Una universidad humanista abre mundos, ensancha los corredores de la comunicación que no pueden limitarse a las mercancías, se ocupa de los dolores del alma y de sus búsquedas.

Frente a las limitaciones que impuso el racionalismo que enfrentaba a la universidad sólo a la verdad científica, una universidad moderna debe situar la sociedad también ante la belleza y ante el bien. No sólo se ocupa de la ciencia empírica y de la técnica, no sólo busca la verdad, sino que tiene que ser sensible al arte y a la ética. La verdad, el bien y la belleza forman un trío inseparable, indispensable para que el ser humano se construya humanamente.

Por eso pienso que es propio de nuestras universidades hacerse nuevamente la pregunta que el salmista admirado le dirigía a Dios. Ella resuena hoy, en esta situación del mundo, con un eco nuevo y desgarrador: "¿Qué es el hombre para que tú te ocupes de él?" ¿Qué es el hombre? ¿Por dónde ha de ir hoy el humanismo para que nos abra un sendero transitable? Recrear un humanismo no es tarea de un hombre ni de un día, es un desafío para una universidad y de ello depende la felicidad y el futuro de este país y de la humanidad.

Un humanismo que asume la gratuidad como riqueza de América Latina

Por todo lo anterior quisiera referirme a algo que no es fácil ligar con la cultura marcada por la búsqueda del éxito económico, pero es de lo más esencial para la humanidad. Me refiero a la gratuidad. En esto tenemos una ventaja comparativa. En esa línea podemos aportar algo, porque nuestro mundo acunado en la fe, por ser pobre es más poético y más gratuito.

Nosotros tenemos que pensar cómo educar, cómo hacer política y economía, cómo crear, cómo ser universidad desde un país pobre que lucha por surgir, después de tantos descorazonamientos, tantos fracasos, tantas injusticias. Tengo la intuición que nosotros, porque hemos llorado mucho, desde nuestra pequeñez tenemos las llaves para una humanidad más humana y más feliz. Además porque nosotros, en medio de los llantos, no nos hemos olvidado jamás de cantar, de rezar, de reír y de hacer rondas.

En este contexto permítanme recordar que en su última esencia el cristianismo mismo es la religión de lo gratuito; por eso el cristianismo es Evangelio, es buena noticia. Ahí los pobres, las prostitutas, todos los excluidos oyen de Jesucristo que Dios los ama de verdad y sin condiciones. Debo añadir aquí también un

elemento esencial de la gratuidad que el nuevo humanismo debe desarrollar: se trata del lado femenino de la vida. La cultura occidental post racionalista y centrada en el poder ha aplastado la dimensión femenina de la vida con su afectividad, su dulzura, su delicadeza.

Nosotros sabemos que lo más humano no se compra ni se vende, tiene valor pero no tiene precio. La amistad, una sonrisa, la felicidad, la fidelidad, el amor, la vida... y la misma muerte se reciben y se dan. La poesía es una dimensión humana que también está en el reino de lo gratuito. Cuando Miguel Hernández estaba preso en las cárceles de España, le escribía a su hijo: "tu risa me hace libre... cárcel me quita". No es fácil que hoy se entienda esa lógica.

Lo más granado y exportable de Chile son nuestros premios Nóbel que obtuvimos precisamente en poesía.

Un humanismo que rehace la esperanza y la paz en un mundo desgarrado

El mundo vive un momento dramático. Hay rencores profundos por identidades perdidas por las humillaciones ancestrales, por las injusticias que existen en medio del progreso y de la globalización.

El terrorismo internacionalizado es signo de un conflicto de culturas desconcertadas en un mundo globalizado. No deseamos ese futuro de miedo y desolación para Chile.

Aspiramos a un desarrollo que no nos sepulte en sus escombros. Los latinoamericanos ante el derrumbe de una cultura, por la experiencia secular, no tenemos derecho al desencanto. Mucho antes de lo acaecido el 11 de septiembre en Nueva York, o el 11 de marzo en Madrid, mucho antes de que en las Torres Gemelas quedaran aplastadas las víctimas de la violencia, en nuestro continente, en nuestras ruinas, en nuestros mares, lagos y volcanes tenemos muchos muertos sepultados que nos piden que no reaccionemos con nuevas guerras, que no volvamos a sacrificar al hombre, que desterramos la violencia. Como dice el premio Nóbel Miguel Ángel Asturias: porque hemos sido víctimas, "tenemos las llaves del futuro donde comienza el tiempo".

Por eso recrear la esperanza, repensar al hombre, crear un humanismo desde el otro lado de la historia, desde el dolor, la pobreza y la injusticia es nuestro aporte y nuestro deber. Una universidad jesuita que hace de la promoción de la justicia un elemento esencial de su misión debe ser capaz de recoger y releer las lágrimas de nuestros pueblos para redefinir una ruta de humanidad. Para comprar con ellas el reino de la luz. Entonces podremos decir con León Felipe: "Luz cuando mis lágrimas te alcancen, la función de mis ojos no será más llorar sino ver".

Tengo la impresión que en esta hora de violencia, en un mundo dividido entre ricos y pobres, de globalizaciones impuestas, nuestro continente, lejano del centro del poder, tiene mucho que decir. América Latina, por su composición étnica, por ser un sitio como pocos de entrecruzamiento de culturas, por ser un lugar donde se ha llorado con profusión, puede dar una lección de humanidad si accede al progreso sin perder su hondura espiritual y su tradición.

No podemos limitarnos a maldecir la historia dramática vivida en las últimas décadas. Ese dolor le pertenece al mundo y hay que estudiarlo, reconocerlo, encontrar sus raíces para que no vuelva a repetirse. ¡Qué tarea tan magnífica y tan desafiante: enseñar al hombre a ser hombre sin abjurar del progreso de las ciencias!

Para nosotros el futuro no consiste sólo en más técnica, ni en una mejor economía sino en mayor humanidad. Sin renunciar al progreso técnico, buscando con ahínco el progreso económico, aquí podemos pensar el humanismo desde el otro extremo, desde la humanidad, la sencillez, la solidaridad y la poesía.

Cultura e identidad universitaria

Una universidad moderna tiene que saber acoger críticamente y con lucidez elementos valiosos que le aporta la cultura de un mundo globalizado, pero no puede hipotecar su identidad. Tiene que aprender seriamente de las empresas la racionalidad organizacional, la capacidad de evaluar sus resultados, la seriedad en la gestión económica, pero no puede transformarse sin más en una empresa comercial, ni puede hacer de la lógica empresarial la clave de sus conductas. Ella es una empresa con una identidad peculiar.

En Chile creo que hay una confusión peligrosa en este campo que puede empobrecer los horizontes del quehacer universitario. Este tiene que aprender mucho de los empresarios pero el día en que la lógica empresarial guiara todas las opciones de la universidad, ella dejaría de ser universidad. La empresa y la universidad se necesitan, se complementan, no se enfrentan pero no se confunden. Empresarios y académicos con respeto deben encontrar su complemento sin avasallarse. Ahí se juega el futuro de una educación de calidad, privada, que tenga al mismo tiempo identidad académica.

Del mismo modo, en un mundo competitivo no se puede eludir la competencia para mejorar la calidad, pero si en el orden del comercio la competencia y el mercado son eficientes instrumentos, en el orden de la verdad debería primar la colaboración. Más que competitivos entre nosotros, disputándonos los campos de acción, los alumnos y los recursos, deberíamos hacernos competentes para contribuir todos a pensar y llevar adelante un proyecto de país.

Nosotros optamos por una universidad de gente competente más que competitiva y deseáramos relacionarnos con las instituciones hermanas aprendiendo de ellas y aportando lo que podemos dar.

Lo privado y lo público: la universidad al servicio de su pueblo

Quisiera terminar refiriéndome a nuestra vocación de servicio público. A nadie se oculta la importancia de la iniciativa privada en la educación. Hoy en Chile 61% de los estudiantes universitarios cursan sus estudios en instituciones privadas y 39% en universidades del Estado.

Desgraciadamente se ha generado una ideología que contrapone lo privado y lo público, que exagera la individualidad sobre la vocación social del ser humano. Por otra parte, se ha confundido también lo público con lo estatal.

Creemos que toda universidad por esencia tiene una vocación pública y se debe a su sociedad, está sustentada por toda la sociedad, y los grandes problemas que afectan a la ciudadanía deberían estar en el centro de la enseñanza y de las preocupaciones. Toda universidad que se precie de tal debe contribuir con su investigación al proyecto de país y contribuir con sus profesionales a la realización de ese proyecto.

La universidad puede ser privada en su iniciativa pero es necesariamente pública en su objetivo y en su fruto. Bien entendido, lo privado no es ni debería jamás ser antagónico del bien común. Nos parece esencial, en una cultura individualista, formar profesionales que se ocupen del servicio más que de su autorrealización, que asuman sus profesiones como una vocación, que no entren para aprender y salgan para ganar sino para servir, que sepan entender los desafíos de la sociedad y sobre todo la ineludible responsabilidad con aquellos marginados que tienen acceso limitado a los beneficios del progreso.

Es necesario formar a los estudiantes en sus responsabilidades cívicas, que sientan su país como responsabilidad ineludible, que construyan puentes que acorten las distancias sociales y que suturen las heridas que arrastramos.

Conclusión

Coincide este momento con el fin del proceso que ha de llevar al Padre Hurtado a los altares. El está engastado en el corazón de los todos chilenos y su cultura. Su espíritu intelectualmente inquieto, su preocupación por Chile, su humanidad, su sentido social, su cristianismo profundo y abierto, y su santidad serán siempre una guía para nosotros.

San Ignacio, al referirse a la Compañía de Jesús que estaba en sus comienzos, la llamaba con realismo "la mínima Compañía". Parfraseando yo diría esta "mínima universidad", pequeña en su tamaño, joven en edad tiene un gran designio: servir a Chile y a su pueblo, enriquecerlo respetuosamente con lo mejor del humanismo cristiano.

Sr. Presidente, como representante máximo de la patria, y amigos que nos acompañan: habiendo alcanzado la autonomía, quisiéramos entenderla no como una liberación sino como un compromiso y deseamos manifestarles que nuestra intención inquebrantable es poner lealmente nuestra universidad al servicio de Chile y de su pueblo para que seamos todos, sin exclusiones, más prósperos, más justos, más tolerantes y más felices.

Santiago, 1º de abril de 2004